

Instituto Social León XIII
Centro para la Investigación y Difusión
de la Doctrina Social de la Iglesia



REFLEXIONES SOBRE EL NACIONALISMO DESDE LA HISTORIA DE LAS IDEAS

José M^ª Artola Barrenechea OP
Filósofo. Profesor Emérito

Los Nuevos Escenarios de la Violencia en el 40 aniversario de Pacem inTerris
II Seminario de Doctrina Social de la Iglesia
Majadahonda (Madrid)
2º SESIÓN - 1 de Marzo de 2003

REFLEXIONES SOBRE EL NACIONALISMO DESDE LA HISTORIA DE LAS IDEAS

José M^a Artola Barrenechea OP

Kant expresó la peculiar condición humana social como la "*ungesellige Geselligkeit der Menschen*"¹, que suele traducirse como la "*insociable sociabilidad de los hombres*". Es importante tener en cuenta que este antagonismo es, a su entender, el medio utilizado por la naturaleza para desarrollar las disposiciones que se hallan en el hombre. La expresión se usa más allá de los límites del pensamiento kantiano y se refiere a la contradicción, observada desde los albores de la humanidad, entre la inclinación a la vida social y las dificultades que se advierten para llevarla a cabo, y que nacen precisamente de la misma inclinación social.

Aristóteles recordaba las peleas de los alfareros de Atenas, a pesar de pertenecer al mismo gremio, y, por tanto, estar unidos radicalmente por un motivo que, de acuerdo con la doctrina de Aristóteles, debería hacerlos más propicios al amor mutuo².

Kant obtiene de esta observación -que pasa a ser categoría- la conclusión, más sorprendente aún, quizá, de que precisamente la disensión es raíz de un desarrollo más completo de la condición humana. El punto de apoyo para esta conclusión es el obligado desenvolvimiento de los principios de armonía, de unidad, pero que no se estancan en la unidad lograda, sino que acceden a formas más complejas de unidad, extrayendo de la naturaleza recursos hasta entonces inéditos. La indigencia obliga a los vivientes a este avance paradójico, mediante el contrario.

Nos hallamos ante un desarrollo de la naturaleza hacia metas que la naturaleza inicialmente no contemplaba. Este avance hacia metas más altas y, por lo tanto, menos fijistas, no se hace sin luchas, ni sin superar tendencias que pretenden conservar lo ya logrado como si fuera, además, definitivo.

Pero en este punto hay que tener presente que no se trata de establecer una filantropía universal, o una relación jurídica que abarcase a todos los hombres. Se trata de dar fundamento a una comunidad que sea suficiente para dar cumplimiento a las necesidades sociales de la vida humana, habida cuenta de la estructura psicológica, física y, especialmente, histórica del ser humano. No hay que olvidar que los factores extra esenciales del ser racional pueden ser interiorizados por la conciencia humana hasta

¹ En *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerliche Absicht*. Ed. Volländer. Hamburg. 1959, p. 9

² *Rhet.* B,4; 1381 b 16

llegar a convertirse en una *segunda* naturaleza que determina (en el doble sentido de la palabra: concretar y limitar) la envergadura universal de la naturaleza racional. Tener en cuenta -y obrar en consecuencia- las diferentes trayectorias y los diversos grados de la realización de la vida humana es una necesidad, no sólo moral o jurídica, sino también antropológica.

A este respecto es importante considerar en la historia de la humanidad los movimientos de cosmopolitismo. Para el cosmopolitismo la ciudad que, según Aristóteles, es "*una comunidad de casas y de familias con el fin de vivir bien, de conseguir una vida perfecta y suficiente*"³, se extiende a todo el mundo.

En la historia del pensamiento europeo se produce el movimiento que llamamos Ilustración o *siglo de las luces*, movimiento que, tras la amarga experiencia de las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII, pretende instaurar un régimen intelectual y político fundado en la sola razón, sin adherencias extrañas. Era preciso, acabar con una convivencia humana que era, más bien, la guerra permanente entre las diferencias. Pero, tras la Ilustración nos topamos con el Romanticismo, que va a exaltar las diferencias y peculiaridades de las naciones con el nacionalismo subsiguiente. Si el cosmopolitismo pensaba en orden a una armonía universal como fin, el nacionalismo se apoya en los rasgos diferenciales, origen y procedencia de las complejas sociedades humanas. Si uno piensa en fines, el otro piensa en causas originarias que emanan de la naturaleza, de la nación (*natura, nascor*). De ahí, la tendencia, en el segundo caso, de subrayar los rasgos típicos de una raza, de usos y costumbres, que forman la idiosincrasia de un pueblo. La combinación del principio del *nacimiento* con la expansión colonial del XIX originó los imperialismos nacionales. Estos imperialismos nacionales, en su diversidad y mutua rivalidad, han terminado tras las guerras mundiales del XX. Pero ya en años anteriores había comenzado, con balbuceos parcialmente contradictorios, la crítica a ese nacionalismo⁴.

Frente al nacionalismo fundado en datos *naturales*, García Morente expuso, en *Idea de la Hispanidad* y en algún artículo de prensa, la idea de que nación es *unidad de estilo* en la vida colectiva. *Estilo* es un concepto que viene de la teoría y de la historia de las artes. En el amplísimo campo de la actividad humana, las artes bellas son hábitos que facultan a la inteligencia práctica para construir complejos cuya razón de ser no es la necesidad sino la libertad que se complace en dominar las fuerzas de la naturaleza, introduciendo en ella un juego de formas, fuerzas, colores, sonidos, etc. que no

³ *Pol.*, 9;1280 b 33-35

⁴ En los últimos años 30 encontramos el testimonio, no siempre coherente, de Heidegger en sus *Beiträge*, que rechaza el nacionalismo, vigente entonces en Alemania.

sirven, sino muestran el poder y grandeza del espíritu. Obviamente tal concepto de libertad no debe olvidarse de las necesidades de los hombres, aquejados por la presión de la indigencia material. Los hombres no forman sociedades políticas para el disfrute de su inteligencia sino para lograr, como hemos dicho una vida perfecta y suficiente, que requiere más cosas. Pero siempre queda en pie el estilo, como libre y diverso modo de adueñarse, en comunidad, de lo que viene dado por la naturaleza.

Pero no se trata sólo de dominar. Hay estilos diversos de asimilar o de habérselas con otros productos culturales, libres, que se han originado junto a cada cultura. Hay, en el humano convivir, diversos estilos de aprender y enseñar.

Entre los productos culturales que se pueden asimilar o rechazar hay uno de gran importancia en la vida del nacionalismo, el religioso; más en concreto, la religión cristiana. El creyente sabe que ni Dios, ni tampoco la religión, en sus aspectos de acercamiento de la divinidad al hombre, son productos culturales, sin más. Incluso, desde un punto de vista descriptivo y neutro, el cristianismo significó la superación de la religión como símbolo representativo y expresivo de un pueblo. Otra cosa es que, a lo largo de la historia del cristianismo, hayan aparecido no pocos casos en que la confesión del cristianismo se ha convertido en una utilización de la religión cristiana con fines políticos. Pero no hay que olvidar que, en muchos casos, no ha habido suficiente conciencia de estar abusando del cristianismo. Ahora bien, la ingenuidad es la consejera en períodos de confusión y lucha, en los que se unen al cristianismo otros objetivos, por nobilísimos que sean, que no gozan de la preeminencia que tiene la revelación.

Tampoco hay que olvidar que el cristianismo pudiera aparecer en algunos casos, como un oponente al nacionalismo vigente. Para el creyente cristiano el mensaje de Cristo es universal pero no pretende destruir el conjunto de valores de cualquier nación. Pero pueden darse conflictos por variados motivos. Habida cuenta de la innegable corrupción del *ethos* configurador de algunos pueblos, la aparición del cristianismo pudo llevar consigo enfrentamientos en el terreno ético. En otros casos, la cristianización ha utilizado elementos, símbolos, manifestaciones, etc. de las distintas culturas nacionales, dándoles un sentido cristiano y lo que, para unos, es una asunción de valores humanos; para otros, es una corrupción, ya sea del cristianismo (polémica de los ritos chinos), ya sea de la conciencia nacional (recuérdese la crítica de Lefèbvre a la conversión en cruz de los símbolos solares de la raza aria, por ejemplo).

Pero, conforme al ejemplo aristotélico, antes aludido, referido a las peleas de los alfareros en competencia para vender sus vasos y

tinajas, la vida política se halla muy cerca de la violencia. La política se halla inmersa en la limitación humana. Soportar la limitación individual y colectiva requiere un dominio y una esperanza de ir venciendo dificultades que la condición humana no siempre posee.

Es preciso reflexionar también sobre la negativa de Cristo a entrar en cuestiones políticas de su tiempo. Recuérdese lo de dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César y también la negativa a dirimir pleitos como el del que se quejaba de la partición de una herencia. Lo que no quiere decir que aquel asunto no tuviera una solución conforme a la justicia. Pero no conviene mezclar asuntos divinos y humanos, confundiendo religión y ética. y no hay que olvidar, por otra parte, la peculiar contingencia de las conclusiones prácticas, por importantes que sean para nuestra condición humana.

Esta disminución del rigor científico de las conclusiones prácticas o individuales está, sin embargo, unida a una proximidad mayor con el mundo real, perceptible por los sentidos y desencadenante de emociones y sentimientos. Esta proximidad corrige buena parte de la abstracción intelectual, pero influye en el orden que la razón debe imponer a nuestra conducta práctica. Esto resulta tanto más necesario cuanto que los sentimientos corren el peligro de perder su especificidad dando lugar a extrañas simbiosis: amor-odio, emulación-envidia, etc. La historia es muy elocuente en ese ámbito de los afectos humanos.

La claridad de conceptos obliga también al reconocimiento de las aportaciones que otras culturas hayan podido hacer a cada grupo cultural, sea mayoritario o minoritario. No es un imperativo moral, ni un sistema compensatorio de haberes y deudas. Es el reconocimiento -intelectual, afectivo y efectivo- de que cada cultura es deudora de otras. El otro está ya en nosotros mucho antes de que empezáramos a vivir dentro de los cauces culturales de nuestra educación. Por eso, las lenguas, expresión preciadísima de las culturas, castigo en Babel, gloria en Pentecostés, tienen el deber de desarrollar al extremo sus propios recursos y de poder traducirse *sine ira et cum studio*.